

Conocimiento = poder

Si el conocimiento es poder, como famosamente enunció Sir Francis Bacon a fines del siglo XVI, este poder está cada vez más concentrado. De hecho, los países de alto ingreso, que apenas representan un 15,5% de la población mundial, producen el 85% de los artículos publicados anualmente en revistas científicas y técnicas; generan el 91% de las patentes solicitadas en el mundo; reciben el 98% del total mundial recaudado por el uso de derechos de propiedad intelectual, y disponen del 91% de las 500 mejores universidades medidas según el ranking de la Shanghai Jiao Tong University. Puestos a las puertas de una economía global basada en la creación y aplicación del conocimiento, y ante el umbral de un nuevo modo de producción basado en flujos de información y la circulación de bienes intangibles, resultan evidentes las desventajas comparativas de aquellas naciones que no disponen, ni expanden, sus capacidades de innovar. Chile está ante esta encrucijada. O bien limita su potencial de crecimiento al despliegue espontáneo de sus fuerzas productivas, aprovechando las ventajas naturales de la economía mientras duren, o se empeña determinadamente en desarrollar sus capacidades de innovación y evita así que siga ensanchándose la brecha de conocimiento que nos separa de los países desarrollados. Estados Unidos actuó así a partir de la posguerra, impulsado por la visión de Vannevar Bush y el activismo del gobierno federal. Japón lo hizo un poco más tarde bajo el estímulo del poderoso MITI, el Ministerio de Comercio Internacional e Industria, dedicado a la inversión y la tecnología. Los países nórdicos—especialmente Finlandia y Suecia—vienen actuando exitosamente en la misma línea desde hace ya un par de décadas y hoy son líderes mundiales de la inversión en conocimiento e innovación. El mismo camino eligió más recientemente Australia y Nueva Zelanda. En común, los gobiernos de estos países, en estrecha vinculación con las empresas y las universidades, crearon un marco institucional propicio para la innovación y la estimularon activamente. Ninguno esperó que ésta emergiera totalmente armada del solo tráfico del mercado, como Atenea de la cabeza de su padre. La promovieron enérgicamente. Diseñaron y aplicaron políticas públicas con ese fin. Crearon instrumentos y procedimientos para coordinar el esfuerzo nacional en innovación. Incentivaron la investigación tecnológica y dieron facilidades a las empresas para desarrollarla. Apoyaron mediante becas

y otros incentivos la formación de científicos e ingenieros. Chile, por el contrario, sigue atrapado dentro del anacrónico dilema entre mercado y Estado; entre la mano invisible y la cabeza estratégica. Nos comportamos como si ambos términos fuera excluyentes. Hijos todos de nuestro turbulento pasado ideológico, pensamos que más de uno significa, inevitablemente, menos del otro. De esta forma no sólo quedamos de espaldas a la experiencia internacional sino que, puestos ante la encrucijada, vacilamos. Perdemos poder de conocimiento y se empequeñece el horizonte de nuestro desarrollo. Es hora de romper este equilibrio paralizante. Cabe al gobierno tomar la iniciativa y proponer al país una clara estrategia a favor de la innovación para la competitividad. Dentro de ese marco, las empresas y las universidades, actuando en el mercado, podrán entonces tomar la iniciativa y extender el potencial tecnológico de la sociedad.

José Joaquín Brunner